

El exilio comunista chileno 1973-1989*

O exílio comunista chileno 1973-1989

Chilean Communist Exile 1973-1989

Olga Ulianova**

Resumen: Se analiza el exilio comunista durante la dictadura militar chilena como un caso particular del exilio político contemporáneo, de carácter policlasista y alto nivel de organicidad. Partiendo de la documentación del archivo interno del Partido Comunista Chileno en el exterior, así como archivos de la ex RDA y la URSS y entrevistas, se plantea la importancia de la interacción con los socialismos reales tardíos en la evolución de la cultura política del PCCh y los cambios en su línea política.

Palabras clave: Comunismo. Chile. Exilio.

Resumo: Analisamos o exílio comunista durante a ditadura militar chilena como um caso particular de exílio político contemporâneo, de caráter multiclassista e de alta organicidade. Baseado em documentos do arquivo interno do Partido Comunista Chileno no exterior, assim como dos arquivos da antiga RDA, da URSS e entrevistas, discutimos a importância da interação com os socialismos reais tardios na evolução da cultura política do PCCH e as mudanças na sua linha política.

Palavras-chave: Comunismo. Chile. Exílio.

Abstract: The article analyzes the Communist Exile during the Chilean Military Dictatorship as a particular multiclass case of contemporary political Exile, with a high Level of organizational capacity, raising the importance of its interaction with late “real socialism” for the evolution of PCCh political culture and changes in its political line. For this, the article is based on internal PCCh archive, as well as Soviet and GDR archives.

Keywords: Communism. Chile. Exile.

* El artículo es producto del proyecto FONDECYT 17100. Comunismo chileno 1973-1990; exilio, clandestinidad y política mundial.

** PH.D. en Historia, Investigadora IDEA-USACH. <olga.ulianova@usach.cl>.

La expulsión de la comunidad de origen – sea de individuos o de grupos humanos – ha sido considerada como castigo o desgracia mayor en diversas culturas a lo largo de la historia humana. La modernidad le proporciona características particulares a este fenómeno histórico. Por un lado, la definición, cada vez más rígida, de los Estados nacionales e imperiales de sus fronteras y sus campos jurisdiccionales. Por otro, la creciente diversidad de proyectos políticos en pugna, compartidos por sectores más amplios de las sociedades nacionales y el carácter agudo del enfrentamiento de tales proyectos, en correlación directa con la diferenciación de intereses y cosmovisiones.

Los exilios, desde inicios del siglo XIX, se convierten en un elemento permanente de la política mundial.

Podríamos diferenciar los exilios entre individuales y colectivos, entre exilios de militantes propiciadores de cambios y aquellos de los disconformes con los cambios ocurridos, los de corta duración y retornos masivos y aquellos que duran por más de una generación con retorno casi nulo. Podemos hablar de exilios mesocráticos, aristocráticos y campesinos, rara vez policlasistas. También de exilios individuales de ex Jefes de Estado, intelectuales, artistas, militares. Podemos diferenciar los aportes de diversos exilios a las sociedades receptoras y expulsoras en los ámbitos político, cultural, económico, artístico y social.

En los últimos dos siglos hay casos de exilios que se vuelven emblemáticos por su volumen numérico o por los impactos en las sociedades de destino y origen. Prácticamente todos los ejemplos son occidentales, la mayoría europeos, si bien América en general, y América Latina en particular, han tenido, desde los albores de la época, una participación en estos procesos.

A nivel mundial, el exilio aristocrático post Revolución Francesa fue seguido por los exilios militantes de revolucionarios liberales italianos, alemanes y polacos de la época de la Santa Alianza y de postrimerías de la derrota de 1848. En la segunda mitad del siglo se agregan partidarios de todo tipo de proyectos socialistas, junto con diversificarse su geografía a confines europeos – de rusos a españoles. El siglo XX se inaugura con el exilio “blanco” postrevolucionario ruso, seguido por exilios antifascistas de Europa Central y el exilio republicano español.

Durante la segunda postguerra no hay más casos en el viejo mundo que se le iguallen en el impacto político internacional. Aquellos exilios anticomunistas de Europa Central y Oriental de la inmediata postguerra, que llevaban la sospecha de colaboracionismo con la ocupación nazi,

impactaron más bien social y demográficamente, pero no levantaron proyectos políticos visibles. Los de Hungría y Checoslovaquia, post intervenciones soviéticas golpearon a la opinión pública occidental, pero no lograron mantener su atención en el tiempo. Los exilios emblemáticos de las últimas décadas de la Guerra Fría han sido los latinoamericanos, en primer lugar el chileno¹.

Para América Latina estos no fueron los primeros exilios (Sznajder, Roniger, 2009). Desde la Independencia misma, a comienzos del siglo XIX, los complejos y violentos procesos de la construcción de Estados nacionales en el continente, junto con la casi permanente inestabilidad política en muchas jóvenes naciones, han dado origen a numerosos episodios de términos anticipados de gobiernos con los correspondientes exilios de los ex gobernantes. A eso se agregarían tempranamente los casos de exilios de destacadas figuras intelectuales. En la primera mitad del siglo XX, el fenómeno se amplía a líderes, intelectuales y militantes de movimientos reformistas y revolucionarios – desde populismos clásicos a comunismo y anarquismo –. No obstante, en todos estos casos se trataba de exilios individuales de relativamente pocas figuras políticas e intelectuales relevantes y la geografía de sus destierros, con escasas excepciones, no traspasaba los límites de la región.

A su vez, América Latina había recibido desde la Independencia a algunos representantes de exilios europeos dentro de las lógicas de sus propias dinámicas inmigratorias. Dada la lejanía geográfica de la región, en la mayoría de estos casos se trató de exilios sin retorno, con la integración mayoritaria de sus protagonistas en las élites locales en países de escasa inmigración y la preservación de activismos y/o militancias preferentemente en países de inmigración masiva (Ulianova; Norambuena, 2010). El único de los exilios europeos emblemáticos que causó un impacto político y cultural significativo en varios países de la región, fue el exilio republicano español (Yankelevich, 2002). Esto, sin desconocer que miles de protagonistas de los exilios más diversos han contribuido, desde sus casos personales, a la conformación de la visión de mundo que iban construyendo las sociedades latinoamericanas que los acogieron. Todas estas experiencias aportan a las construcciones particulares de la idea del exilio en diversos imaginarios latinoamericanos.

Chile, en este contexto, se ha percibido históricamente más bien como un país receptor de exilios. Desde los primeros dos rectores de la Universidad de Chile, el venezolano Andrés Bello y el polaco

¹ El exilio cubano postrevolucionario tuvo fuerte impacto solo en EEUU.

Ignacio Domeyko, pasando por el futuro Presidente argentino Domingo Faustino Sarmiento y varios científicos y profesionales europeos en el siglo XIX a políticos, intelectuales y artistas latinoamericanos en el XX. Menos presentes en el imaginario nacional están exilios de chilenos: desde Bernardo O'Higgins y Francisco Bilbao en el XIX, pasando por comunistas y liberales durante la dictadura de Ibáñez (1927-1931). Luego, el exilio del propio Ibáñez y, nuevamente, de figuras comunistas al inicio de la Guerra Fría – entre ellos, Pablo Neruda – durante el gobierno de González Videla. Por otra parte, el autoexilio “preventivo” de representantes de élites económicas y profesionales durante la Unidad Popular. No obstante, todos estos eran casos más bien excepcionales numéricamente, afectaban principalmente a grandes personalidades de la política y cultura. Todos eran exilios breves y con retorno (Loveman; Lira, 2000).

Una experiencia de exilio totalmente distinta es la que enfrenta la sociedad chilena con posterioridad al Golpe Militar de 1973 y durante toda la vigencia del régimen dictatorial que éste inaugura (1973-1989).

La violencia con que fue derrocado el gobierno de la Unidad Popular, la brutalidad de la represión en contra de sus partidarios y su presumible base social, fueron inéditos en la historia de Chile. El conocimiento público de los militantes y simpatizantes de izquierda, que habían operado por décadas en forma legal en el país, los hacía especialmente vulnerables frente a la salvaje represión golpista. La salida temporal del país, siguiendo a la vez la tradición latinoamericana para los casos de golpes militares, si bien poco practicada en Chile por razones históricas, se presenta como opción urgente y espontánea de supervivencia para aquellos que perciben que sus vidas corren peligro.

La mayoría de los exilados políticos de esta primera hora sale del país tras permanecer asilados en las embajadas. Son menos quienes abandonan el país legalmente, por sus propios medios – lo pueden hacer los familiares de los perseguidos y los autoexiliados que disponen de medios económicos para ello –. Las salidas clandestinas se reducen a los militantes de base y de nivel medio en las zonas fronterizas cordilleranas, con la única excepción de la operación cinematográfica de la STASI alemana oriental para sacar de Chile al Secretario General del Partido Socialista, Carlos Altamirano (Politzer, 1989).

Así, desde las primeras semanas del Golpe comienza a formarse el exilio chileno, tal vez el más emblemático de la segunda mitad del siglo XX en el mundo. Incluyendo el autoexilio transfronterizo de sectores populares, que combinaba razones económicas y políticas, llegó, según

estimaciones de la época, a cerca de un millón de personas². Si bien el grueso numérico permaneció cerca de las fronteras del país, el núcleo militante se distribuyó por los cinco continentes y más de 60 países. El impacto que tuvo el Golpe chileno – por su brutalidad, por ser dirigido en contra de un gobierno legítimamente elegido y por las expectativas que generaba en el mundo el proceso pacífico chileno – en la opinión pública internacional hizo que este exilio tuviera una recepción especialmente favorable en los países de acogida, a nivel de discurso y a nivel de apoyo material a los exilados. El carácter emblemático del caso chileno, junto con las necesidades propias de los países de acogida de un referente imaginario político, ético y cultural, dieron las posibilidades para el desarrollo, en el exilio, de diversas representaciones de la cultura chilena, algunas llegaron a ser componente insoslayable de la cultura de los países de acogida de aquellos años.

Si bien el exilio chileno estaba unido en su denuncia pública de las violaciones de los DDHH en Chile, en su presión a nivel político a través de los organismos internacionales³ y en la continuidad de cierta tradición cultural en la diáspora, desde sus inicios tenía diferencias internas y con el tiempo iba creando nuevas. Las diferencias guardaban relación con las condiciones específicas del país de acogida y la composición socio-cultural de la colectividad chilena en cada uno. Pero también con diversas culturas políticas que existían dentro de la izquierda chilena históricamente y se mantuvieron, adquiriendo características nuevas, fuera del país.

A continuación, analizaremos la especificidad del exilio comunista chileno, como un caso particular del exilio político durante el siglo XX y como parte de la historia internacional de Chile de ese siglo.

En primer lugar, cabe recordar que el PC chileno ha sido históricamente un actor constante y relevante de la política nacional, con un 10% de electorado promedio en su historia previa al golpe, una capacidad y vocación de articular y promover las alianzas de centro-izquierda, con arraigo en los sectores populares urbanos y mineros y un papel preponderante en la única central sindical del país, con un peso en el mundo cultural, artístico, editorial y prestigio de su inserción internacional. Por otra parte, internacionalmente, era el tercer PC más

² Jorge Arrate habla incluso de 1,8 millones. La Oficina Nacional de Retorno, creada en 1990 estimaba en unos 700.000 a los chilenos en el extranjero, suponiendo de ellos a 200.000 a exiliados estrictamente políticos (sin considerar familiares).

³ Durante 17 años seguidos logra la condena del régimen militar en la ONU por violaciones de DDHH.

importante de los “países capitalistas”, después del italiano y el francés, y el más importante en América Latina, descontando el gobernante partido cubano creado ya en el poder. Poseía una cultura política definida, mesiánica y universalista, a la vez que ilustrada y obrerista, compartiendo en ella algunos rasgos propios del movimiento comunista internacional con otros característicos de la cultura popular y obrera chilena.

Si bien el PC chileno tuvo poca experiencia de exilio en comparación con otros partidos comunistas, y muy en particular, con los latinoamericanos, el movimiento comunista internacional había construido, en el tiempo, todo un relato y elaborado prácticas con elementos de ritualización en torno al “exilio comunista”.

La base de su mito fundacional estaba constituida por la historia oficial del partido bolchevique, a la que se agregaban aquellas de los partidos comunistas europeos de la época del fascismo y la Segunda Guerra Mundial. Éste transmitía la imagen de un exilio casi necesario en el desarrollo de un verdadero partido comunista, un exilio-escuela, espacio donde se elaboran estrategias y tácticas que se aplicarían luego en el país, se aclaran cuestiones teóricas, se preparan los cuadros jóvenes, se apoya en los “partidos hermanos” y luego, cuando se dan las condiciones, se retorna para hacer la revolución y llegar al poder o, a lo menos, llegar a ser actores relevantes a la cabeza del partido en democracia. Todo esto supone un exilio organizado, un partido funcionando en la diáspora con las mismas o incluso mayores exigencias internas que en su país de origen.

Hasta qué punto este mito fundacional de un “exilio comunista” se replicó en la experiencia chilena, lo veremos más adelante. Para comenzar, destacaremos que para 1973 ya estaba instalado en el imaginario de la militancia comunista chilena, siendo parte de su apropiación de la historia mundial del siglo. Actúa como contrapeso, en lo posible, a la sensación de derrota tras el Golpe y, junto con el optimismo histórico del proyecto teleológico universal, ayuda a la construcción de militancia y partido en el exilio. Esta lectura del significado del exilio defiere de la tradición latinoamericana de “asilo”, más elitista y asociada a la noción del exilio sin retorno o a la decomprensión temporal de conflictos políticos por vía de favores mutuos de élites regionales.

Las primeras piedras del exilio comunista chileno fueron colocadas por dirigentes y militantes que se encontraban fuera de Chile para el momento del Golpe. Las amplias vinculaciones internacionales del PCCh, la importancia formativa que todas las fuerzas políticas chilenas

atribuían – y atribuyen – a los contactos internacionales, explican el hecho de que el día del Golpe fuera de Chile se hallara un miembro de la Comisión Política del PCCh – Volodia Teitelboim – concluyendo una visita de partido en varios países europeos, un miembro de la dirección de las Juventudes Comunistas y ex Presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad Técnica del Estado – Alejandro Yáñez –, representante de Chile en la Unión Internacional de Estudiantes en Praga, los conjuntos musicales Quilapayún e Inti Illimani, quienes habían participado en el Festival Internacional de la Juventud y los Estudiantes en Berlín y realizaban giras europeas, más varios centenares de estudiantes universitarios y técnicos becados y grupos más reducidos de dirigentes de nivel medio que asistían a los cursos formativos en las escuelas de cuadros, en los países socialistas. Todos entendían la imposibilidad de retorno inmediato a Chile, pero nadie imaginaba entonces que el exilio duraría tantos años.

Durante el primer año post Golpe, se articula el partido en el exilio. Se cuenta con el apoyo de los países socialistas – con experiencia de recepción de exilios comunistas de todo el mundo –, de los PC y de la social-democracia de Europa Occidental – ambos ven en la experiencia truncada chilena un proyecto de socialismo democrático – y de gobiernos independentistas post-coloniales en el Tercer Mundo (ACE PCCh 1974a).

El apoyo de los primeros se manifiesta en la instalación de una oficina exterior del PCCh en Moscú y una representación en Berlín. Con espacio físico, infraestructura, viviendas y sueldos para los chilenos que trabajarían allí en funciones partidarias. También en el equipamiento de programas dirigidos a Chile en radios Moscú, Berlín, Praga, operados, en sus contenidos, por chilenos (Teitelboim, 2001). La confianza de los anfitriones en el PC chileno bajaba considerablemente los niveles de control propios de esas emisoras internacionales propagandísticas. Así, la redacción chilena de la Radio Moscú fue la única que transmitía en directo, más aun siendo operada por extranjeros. En todos los países de la órbita soviética se acuerda la edición de libros, discos y afiches para consumo interno, se asignan recursos a películas documentales y actuadas y se organizan giras de artistas chilenos.

Este apoyo de los países socialistas al exilio comunista chileno aseguraba la supervivencia de la estructura partidista en el exilio. Le permitía tener sus sedes contar con la movilidad para cubrir toda la geografía de la diáspora, apoyo mediático, cultural, formativo, hasta de inteligencia y contra-inteligencia – para contactos con estructuras

clandestinas en el país, retorno de militantes y prevención de atentados de los servicios de seguridad del régimen chileno contra sus dirigentes.

Los costos, más bien implícitos y no reconocidos, tenían que ver con la incorporación de códigos de las culturas políticas de los anfitriones y de sus lecturas de la doctrina común. Si bien el PCCh jamás se había planteado teóricamente la disidencia a la postura soviética en el movimiento comunista internacional, su praxis política y social basada en su arraigo popular, resultaba mucho más original y heterodoxa. En el exilio, sin este cable a tierra, habiendo cambiado el estatus de pioneros y descubridores por derrotados, se veían mucho más susceptibles a consejos de los “hermanos mayores” (ACE PCCh 1974 b,c,d).

Geografía del exilio comunista chileno

Numéricamente, el exilio en países socialistas representaba un porcentaje menor del PC chileno en el exilio. A pesar del interés explícitamente formulado de los comunistas chilenos (ACE PCCh 1973), la URSS y países de su órbita no recibieron a todos los interesados. Sus economías planificadas, con importantes restricciones en vivienda y bienes de consumo, podían acoger, ofreciendo trabajo de acuerdo a la profesión y beneficios que el socialismo declaraba garantizar, a decenas de exiliados chilenos, pero no miles. Por lo general, se trataba de cierto número de dirigentes partidistas que se dedicaban a tareas internas del PC chileno, combinándolas con funciones en organismos internacionales o instancias culturales, educativas y/o propagandísticas – editoriales, docencia, radios – en español, reemplazando a antiguos exiliados españoles que estaban jubilando. Por otra parte, dentro de la capacidad instalada para recibir estudiantes extranjeros, decenas de jóvenes chilenos cada año se aceptaban en los centros de educación superior de los países del Este. Los casos de familias exiliadas que se integraban a la vida laboral a la par con los “ciudadanos a pie” de los países socialistas, eran escasos y no exentos de conflictos⁴.

La mayoría de los militantes exiliados del PCCh vivieron su destierro en países “capitalistas”, principalmente en aquellos, donde la política inmigratoria en general o la política de acogida de refugiados políticos en particular, fueron más hospitalarias hacia ellos: Canadá, Australia,

⁴ Muy traumática fue la experiencia de un grupo de profesionales y estudiantes exiliados en la RDA enviados por decisión del partido a trabajar como obreros no calificados en la industria, en una especie de expiación de pecado de la derrota vía “proletarización”. (Forch, 2012)

Suecia y otros países europeos. El único país occidental que entonces no contaba con una célula de comunistas chilenos exiliados, fue EEUU, que de acuerdo a patrones de la Guerra Fría, prohibía explícitamente el ingreso a los militantes comunistas declarados⁵. Los países europeos con PC fuertes o aquellos gobernados por la social-democracia eran quienes recibieron a la mayoría de los comunistas exiliados chilenos. Durante todo el período de la dictadura en Chile, el PC chileno mantuvo estructuras orgánicas, “coordinadores”, prácticamente en la totalidad de los países de acogida, con altos índices de militancia para una situación de exilio tan prolongada.

La inexistencia práctica de la alternativa de proyectar la vida en exilio en países socialistas – más allá del período de estudios –, suavizaba la contradicción entre la adhesión ideológica al modelo soviético y el reconocimiento en la experiencia propia de las bondades del Estado de Bienestar de Europa Occidental.

En los países latinoamericanos, aparte de Cuba, el exilio comunista chileno fue minoritario, frente a otras organizaciones de la izquierda chilena, de tránsito a Europa o sujeto a tareas específicas de su actividad clandestina en Chile en territorios transfronterizos.

Finalmente, los casos de exilio comunista en países africanos y asiáticos se pueden inscribir en migraciones dirigidas – profesionales chilenos que colaboran en los países descolonizados de habla portuguesa, – o individuales⁶.

Estructuración del partido en el exilio

La especificidad de este exilio era su carácter policlasista. A diferencia de otros exilios políticos “revolucionarios” compuestos principalmente por representantes de sectores medios cultos y personalidades de la cultura – “inteligentsia” en el lenguaje del Este europeo –, el componente popular y obrero constituía la mayoría del exilio comunista chileno.

⁵ Al parecer, el único caso de un comunista chileno recibido en EEUU fue el del Rector de la UTE, Enrique Kirberg, quien en los años de la Segunda Guerra jugó un papel destacado en la red “caza nazis”, en cuyos objetivos convergían entonces los PC y el Estado norteamericano.

⁶ Es el caso de profesionales chilenos en Mozambique, en su mayoría egresados de la educación superior de países socialistas, contratados a través de la ONU en contraparte a la cuota soviética a este organismo. Jugaron un papel muy destacado en la construcción del Estado independiente en ese país y la recuperación de su economía tras larga guerra. (Escobar, Cisternas, 2003)

Tampoco compartía el momento de la salida del país, coincidente con el Golpe de Estado, sino que se componía de oleadas continuas, correspondientes a distintas etapas de la política de resistencia del PC a la dictadura. Tras el grupo más numeroso de asilados del momento del Golpe, venían los sobrevivientes de las estructuras clandestinas de los setenta y luego los participantes de las protestas populares de mediados de los ochenta. A su vez, se formaban cadenas migratorias familiares y vecinales, con un porcentaje femenino y, en particular, femenino popular, muy importante dentro del universo de este exilio.

La estructuración interna del exilio comunista chileno no tiene parangón entre las experiencias similares del siglo. En cada país de acogida se constituye un “coordinador” del PC chileno, con distinta cantidad de células y comités locales, según la cantidad de militantes residentes. La organización partidista reemplaza, en muchos casos, la organización de connacionales. La cultura chilena que se pretende conservar y reproducir en la diáspora es la cultura comunista chilena. Un papel destacadísimo juegan en este proceso los artistas chilenos vinculados a la cultura comunista, entre ellos los conjuntos Inti-Ilumani, Quilapayún, Aparcoa y los literatos y ensayistas reunidos en torno a la revista *Araucaria de Chile*, entre otros. Lengua y costumbres se conservan a través de las expresiones literarias y artísticas asociadas con la cultura comprometida de los tiempos de la Unidad Popular.

La diplomacia paraestatal se convierte en tarea fundamental. El principal esfuerzo de este exilio organizado está orientado a la denuncia de las violaciones de DDHH en Chile, a lograr la condena y el aislamiento internacional del régimen de Pinochet. En los países socialistas hay llegada directa a los tomadores de decisiones en política exterior, las visiones de mundo son compartidas. No obstante, mantener el interés hacia Chile a través de los años es tarea de los chilenos. En otros países se trabaja caso a caso, identificando a los agentes de influencia, figuras políticas sensibles a la causa chilena. Al mismo tiempo, un gran trabajo se realiza hacia las sociedades civiles de los países de acogida. En la lucha de las imágenes del país, el exilio tempranamente le gana al régimen militar. Y el papel del bien organizado exilio comunista, que se convierte en un agente diplomático autodidacta por excelencia, en eso es importante.

La diferencia con experiencias de militancia en tiempos democráticos en Chile consiste en la falta de conexión con la realidad social del país. Se discute la realidad chilena, de la que se sabe poco en el día a día, se construye su imagen, muchas veces pasando lo deseable por lo real. Se

profundiza el análisis de la doctrina, se elaboran – muchas veces en la arena – estrategias y planes del pronto derrocamiento de la dictadura.

Ente los socialismos reales y los Estados de Bienestar

Mientras tanto, la realidad fuera de las sedes de las células plantea otras interrogantes. El “socialismo real” resulta bien distante del paraíso imaginado. Ahí, centrarse en los problemas chilenos llega a ser una forma de abstraerse de las preguntas y cuestionamientos incómodos. Las deserciones de las filas comunistas a raíz de la decepción de los socialismos reales entre exilados residentes en esos países, son muy escasas y corresponden a casos de altos dirigentes de las Juventudes Comunistas, profesionales universitarios, que desempeñaban cargos en organismos internacionales asociados al MCI en Europa del Este y estaban inmersos en las redes políticas internacionales (Carrasco, 2003 y Ottone; Muñoz, 2008).

Para la mayoría, la falta de cuestionamiento ante una realidad que no correspondía a sus expectativas se debía a la necesidad de conservar la pertinencia a una “comunidad imaginada” que daba la cultura comunista chilena, así como cierto sentido de vida teleológico, muy importante en la cosmovisión comunista del siglo XX y ya bastante tambaleada para los chilenos a raíz de la derrota propia. La propia doctrina suponía estrechez de espacios y prácticas democráticas y, si bien en Chile “en los tiempos normales”, la cultura política deliberativa nacional minimizaba estos aspectos de la doctrina, las condiciones de represión y clandestinidad parecían justificarlos. Finalmente, para los exiliados de origen popular, la austeridad material de los países del socialismo real, acompañada de garantías y beneficios sociales, representaba una mejora en la situación material en comparación con su medio en Chile.

En los Estados de Bienestar europeos, a su vez, las condiciones materiales de vida de los exiliados de extracción popular y la recepción orientada al asentamiento duradero, crean condiciones para que los exiliados echen raíces en los países de acogida. Se produce una especie de desdoblamiento de su existencia entre la realidad de los residentes y, más tarde, ciudadanos de los Estados de Bienestar y la militancia – nuevamente entendida como pertinencia a una comunidad imaginada – que supone un discurso de crítica al capitalismo y social-democracia, por un lado y apelación a las formas cada vez más radicales de la resistencia a la dictadura en Chile, por el otro. Son pocos los casos de exiliados comunistas en esos países que efectivamente retornan a

Chile para participar en estas formas de resistencia. Las excepciones las constituyen los casos de hijos de la intelectualidad partidista que crecen en el exilio. No obstante, la masividad de la militancia se mantiene alta hasta el fin de la dictadura en Chile que coincide con la crisis, a nivel mundial, del proyecto ideológico que sustenta esta militancia.

Ciertos rasgos del exilio comunista chileno marcan su especificidad. Entre ellos destacan la forma de enfrentar las caídas de las estructuras clandestinas en el país y la posible infiltración, la formación de cuadros militantes en el exilio y su papel en la estrategia que el PCCh aborda en los ochenta, la particularidad de la relación entre dirigentes del “interior” y del exilio y las dimensiones culturales del fenómeno del exilio comunista chileno.

La “vigilancia revolucionaria”

La clandestinidad en condiciones de la represión brutal a que fue sometido el PCCh en Chile planteaba nuevos desafíos y problemas de seguridad a los militantes en el país. Si bien en los años anteriores el PCCh había formado, en los países socialistas, a algunos militantes en técnicas de seguridad, se trataba principalmente de la protección de los dirigentes. A diferencia de la mayoría de los PC no gobernantes, el PCCh, inmerso en la cultura política democrática chilena previa a 1973, no estaba obsesionado con la “vigilancia revolucionaria”. Después del Golpe y tras las caídas de sus estructuras clandestinas, recurre a la ayuda de sus anfitriones en países socialistas. Junto con el aumento de cupos en los cursos de seguridad de servicios de inteligencia que estos países ofrecían a militantes de países periféricos, las autoridades de la RDA ofrecen una línea de ayuda más específica. Con ayuda de la STASI tratan de reconstruir, a partir de entrevistas a los militantes sobrevivientes que salían del país, lo que efectivamente había pasado con las direcciones clandestinas. Buscan establecer el grado de veracidad de estos testimonios, contrastando versiones; distinguir entre “héroes” y “traidores” y proteger las estructuras partidistas de una eventual infiltración. La necesidad de este trabajo se fundamenta en informaciones, aun inciertas, confusas y de dimensiones poco claras para los exiliados, acerca de que algunos de los dirigentes prisioneros habrían pasado a colaborar con las estructuras represivas de la dictadura.

Estas funciones de aclaración y depuración partidista en el exilio, tan complejas como delicadas, ingratas e inéditas en la historia del comunismo chileno, se encargan a un equipo conjunto en el que

participan dirigentes comunistas chilenos residentes en la RDA y oficiales de la STASI. Entre 1976 y 1980, todos los “cuadros” que habían estado en contacto con las estructuras caídas en Chile, al salir del país, eran “invitados” a dar su versión de los hechos ante la nueva estructura. Aquellos que se integrarían a funciones directivas, primero pasaban por una especie de “cuarentena” en una “casa de descanso” en provincia alemana, siendo entrevistados una y otra vez sobre lo que les había tocado vivir (Ovalle, 2012). Los protagonistas recuerdan esta experiencia como altamente traumática. Se conoce más de un caso de personas que, tras esta experiencia, si bien lograron salvar su buen nombre ante sus camaradas, dejaron la militancia para siempre. La mayoría siguió militando y trabajando en el partido toda su vida. En opinión incluso de los “funcionarios profesionales” comunistas, sobrevivientes de las primeras direcciones clandestinas caídas en Chile, se trató de un procedimiento innecesario que afectaba la dignidad de las personas.

Casos de “infiltración enemiga” en el partido exiliado a ese nivel nunca fueron descubiertos. Se estableció la verdad oficial respecto de las caídas, en particular, de las estructuras de la organización juvenil del PCCh a mediados de los setenta, distinguiendo entre aquellos que pasaron a ser funcionarios de DINA y aquellos que, al no soportar la tortura, dieron alguna información, aparte de quienes, sospechados inicialmente, lograron limpiar su nombre.

Aunque se trató de una práctica reducida y reservada al interior del PCCh en el exilio, dejó marcas en la cultura política partidista. Creemos que representa uno de los efectos de la nueva forma de interacción del PCCh con los partidos gobernantes de los países socialistas.

Orígenes de la “política militar” del PCCh

El tema más complejo en la historia del comunismo chileno de la época de dictadura tiene que ver con las razones del cambio en la línea política del PCCh. Después de continuos intentos de lograr un frente único de oposición con la Democracia Cristiana en un *Frente Antifascista*, operando en el campo político y de organizaciones sociales y aceptando explícitamente, en 1979, que la salida de la dictadura pasaría por el traspaso del poder a la DC; en 1980 el PCCh proclama “el derecho del pueblo a la rebelión” y apela a “todas las formas de lucha”, incorporando el componente armado a su resistencia a la dictadura.

En los documentos internos del PCCh y en la historiografía se presentan versiones distintas de los orígenes de este viraje (Álvarez, 2003; Arriagada, 1998; Riquelme, 2009). Algunos sostienen que su razón principal reside en el cambio de sensibilidad de la militancia al interior del país, la necesidad de superar el sentimiento de derrota e impotencia post 1973. Otros lo relacionan con la incorporación de la nueva generación de dirigentes formados militarmente en Cuba. Otros, con la influencia de Cuba y otros países socialistas.

Creemos que si bien todos estos factores confluyen, es clave considerar la evolución del pensamiento y la acción de la dirección del PCCh en el exilio.

En los primeros años post Golpe, el PCCh consideró que la dirección máxima partidista era la que operaba clandestina en Chile, mientras que las estructuras en el exilio cumplían las funciones complementarias. Tras los primeros meses de represión y hasta inicios de 1976, las comunicaciones entre ambas partes de la dirección del PCCh eran relativamente continuas y expeditas. Con las caídas de las direcciones clandestinas en 1976 y el cierre de los canales de comunicación entre el exilio y el interior, el equipo en el exilio, encabezado por el liberado secretario general Luis Corvalán, asume las funciones de la dirección superior del PCCh. Ésta reúne a la mayoría de los dirigentes históricos del comunismo chileno vivos en ese momento, pero carece de contactos operativos con las estructuras sobrevivientes del partido en el país.

La imposibilidad de influir directamente en el acontecer político y social nacional, el aislamiento, el tiempo transcurrido desde el Golpe y la pérdida de las expectativas iniciales del derrumbe del régimen por fuerza propia, aumentan, en la dirección exiliada, la sensación de la necesidad de “hacer algo” y algo distinto. A la vez, sus anfitriones en los países socialistas, involucrados en mayor o menor grado con su causa, los retroalimentan con sus propias experiencias y constrúan a partir de ellas evaluaciones bastante ortodoxas del caso chileno (ACE PCCh, 1974 b,c,d).

La ausencia de una “política militar”, concepto ambiguo, pues puede significar las relaciones con las FFAA existentes o la “fuerza militar propia”, es considerada por el PCCh como su mayor error, conducente al fracaso, un “vacío histórico” (Corvalán, 1997. p. 249). No es de extrañar que el esfuerzo de pensar una nueva estrategia del PCCh se centre en la elaboración de esa “política militar”.

Los anfitriones apoyan la creación de estos grupos de análisis y reflexión en el PCCh. En la tradición comunista se considera la función

natural de los exilios. Por otra parte resuelve el problema de la ocupación de los huéspedes, al margen de las estructuras del propio país anfitrión. Para algunos partidos de Europa del Este presenta la oportunidad de elevar su influencia en el Movimiento Comunista Internacional (MCI) y reafirmar la mística fundacional. Mientras, el PCUS en la URSS se limita a asegurar la infraestructura material para el trabajo de la oficina del PCCh, sin mayor preocupación por los resultados de su debate interno – no se esperaba allí ningún foco de disidencia –, el PSUA de la RDA crea una estructura mixta en la Universidad de Leipzig, apoyando con sus “cuadros teóricos” la discusión del PCCh, aparte de la participación de los funcionarios alemanes en otros grupos de análisis interno chileno.

Son, por tanto, los mismos dirigentes del PCCh, expertos en trabajo electoral y sindical, quienes comienzan a elaborar la “política militar”. Sus conocimientos en el tema se limitan a lecturas, películas y conversaciones con protagonistas acerca de la Segunda Guerra Mundial y “guerras de liberación” en otros países. La “comisión militar”, compuesta inicialmente por Rodrigo Rojas y Carlos Toro, con las incorporaciones posteriores de Sergio Ovalle y Jorge Montes, ya desde 1978, elabora sus propuestas partiendo de la voluntad ardiente de poner fin a la dictadura y ofrecer algo nuevo para aquello que se percibe como falta de éxito de las estrategias vigentes. También se parte del hecho de disponer del creciente número de los “cuadros militares”, formados como oficiales regulares en las escuelas militares de los países socialistas (Archivo Federal de Alemania 1982).

Mientras tanto, el PCCh en el país sigue empeñado en lograr entendimiento con la Democracia Cristiana y llega a criticar al equipo exterior por expresiones que encuentran demasiado duras sobre la DC, en los materiales del pleno del CC del PCCh de 1977 y por no haber consultado estas opiniones con la gente del interior.⁷ A su vez, los mensajes del “interior” dirigidos al equipo en el exilio constantemente informan sobre los esfuerzos de lograr entendimiento y acciones comunes – estos últimos más exitosos – con la DC en el país (ACE PCCh, 1978).

El episodio, tal vez, más elocuente, respecto de las percepciones de los militantes del interior sobre la nueva estrategia que se preparaba,

⁷ “En lo referente a las alusiones a la DC, (...) En la base se desarrolla una fuerte política unitaria, y muchas veces podría ser ésta mayor, si no fuera por nuestras actitudes sectarias que vienen de cuestiones del pasado”, (ACE PCCh, 1977)

nos fue relatado por uno de los integrantes de la “comisión militar” del exterior.

Habiendo coincidido en los días de la Olimpiada de Moscú en verano de 1980, en un hotel del PCUS en la capital soviética, con unos dirigentes del PCCh del interior, los integrantes de la “comisión militar” decidieron compartir con ellos los avances de la estrategia que estaban elaborando. Para su sorpresa se encontraron con un fuerte rechazo: “Si ustedes deciden armarse, nosotros mismos los vamos a desarmar”. En opinión de sus interlocutores, tales planes no hacían más que estropear los sufridos avances de rearticulación de los movimientos sociales en el país y acción conjunta con otras fuerzas políticas. Más aun, al presentarse al día siguiente en la oficina del PCCh en Moscú, los integrantes de la “comisión militar” se enteraron que los dirigentes del interior ya los habían acusado del “peligroso trabajo fraccionario” ante la dirección máxima del partido (Ovalle, 2012).

No obstante poseer la paternidad de la idea de la incorporación del elemento militar a su política, la dirección en el exilio no estaba unánime ni tan convencida de los alcances de ésta. Mientras que algunos de sus integrantes, como Orlando Millas, estaban en contra, otros, como el integrante de la Comisión Militar, Sergio Ovalle, consideraban necesario impulsarla con mayor decisión, y el propio Secretario General, Luis Corvalán y otros miembros de la dirección oscilaban entre unas y otras posturas.

Varios integrantes de la dirección del PCCh que participaron en estos debates en el exilio, retornan a Chile para hacerse cargo de la dirección clandestina, encabezados por Gladys Marín. Con ellos, la nueva estrategia se impone en el segmento interno del PCCh.

Formación militar profesional

Un componente distintivo del exilio comunista chileno, respecto de otros exilios nacionales y de las otras culturas políticas del país, fue la incorporación de la formación militar regular de sus militantes, hecho que influyó, indudablemente, en la evolución de su cultura política.

Opuesto, en los años sesenta, a la estrategia guerrillera y foquista de la revolución latinoamericana que propugnaba Cuba y sin experiencias armadas en su propia trayectoria previa, el PC chileno asume esta nueva experiencia como una especie de redención frente al sentimiento de culpa por no haber considerado el componente militar en política.

La forma inicial de enfrentar este problema es bastante ambigua. En los primeros años post Golpe, parte el PCCh acepta ofrecimientos de sus anfitriones socialistas para formar en sus escuelas militares cierta cantidad de militantes comunistas chilenos. No se trataba de “cursos de guerrilleros”, sino de formación militar regular y profesional. El PCCh se lo plantea – así lo transmite a los nuevos cadetes – como la necesidad de poseer especialistas en este campo para “el día después”, una vez que Chile retorne a la democracia. No se habla del derrocamiento militar de la dictadura, sino de futuros oficiales de un futuro ejército democrático de Chile (A. O., 2012).

El ofrecimiento de los anfitriones era inédito, pues las escuelas militares de los países socialistas formaban oficiales por encargo de gobiernos “de orientación socialista” del Tercer Mundo – africanos, árabes, indochinos –, pero jamás para los “partidos hermanos” del mundo occidental. El único antecedente fue la participación de los exiliados comunistas españoles y centro-europeos en el Ejército Soviético durante la Segunda Guerra Mundial. Tal vez, el *pathos* antifascista que rodeaba en Europa el caso chileno, lo hizo homologable a esta experiencia histórica.

Los primeros ofrecimientos de formación militar regular recibidos por comunistas chilenos provienen de Cuba y la RDA. El segundo caso es menos conocido y los participantes de esta experiencia, al parecer, no tuvieron participación destacada posteriormente en la nueva estrategia del PC chileno. Reflejan su indefinición respecto de qué hacer con estos cuadros una vez formados. En la práctica se les sugirió volver a sus actividades previas o emprender nuevos estudios, lo que efectivamente hicieron. Para algunos integrantes de la dirección en el exilio, esta “subutilización” del recurso humano valioso se convierte en un factor para estimular políticas que los pudieran incluir (Ovalle, 2012).

El caso de aquellos que se formaron en Cuba, es más conocido. El núcleo del grupo estaba conformado por estudiantes universitarios chilenos que llegaron a la isla en vísperas del Golpe a estudiar, en su mayoría, medicina. El convencimiento por parte de los dirigentes, la presión del medio, la percepción de la necesidad de hacer algo frente a la instalación de la dictadura en el país, motivaron a la mayor parte del grupo de cambiar de carrera (Carrera, 2011). Se les incorporaron jóvenes exiliados provenientes de la URSS, en particular algunos de los hijos de campesinos que llegaron a ese país en la primera semana de septiembre de 1973, a formarse como técnicos en maquinaria agrícola.

Además, en un hecho de gran significado simbólico, se integran al grupo hijos de varios de los máximos dirigentes del PCCh, ex senadores y ex ministros.

En 1977 se agrega el ofrecimiento de Bulgaria, donde si bien se trató de una sola generación, el contingente formado en la escuela militar de ese país llegaba a 50 personas (A. O., 2012).

Aunque la información acerca de este tipo de preparación de jóvenes en exilio comunista chileno era reservada, los rumores corrían a través de canales familiares y creaban al interior del grupo una autopercepción distinta, que se contraponía al shock de la derrota y exterminio.

Reflejo de esta nueva autopercepción fue el impacto que causó entre los participantes del primer pleno del PCCh post Golpe, realizado en 1977, la entrada de un joven militante, con uniforme militar, que se dirigió a la reunión en términos propios de instituciones armadas (Rojas, 2011, p. 99-100). Para la cultura política de un partido derrotado, exiliado, sin mayor contacto con sus compañeros en el país, enfrentado a las críticas – reales o imaginadas – de sus “hermanos mayores” en el sentido de la necesidad de saber defender la revolución o derrocar las dictaduras, estos jóvenes simbolizaban la esperanza de la redención.

No obstante, cómo iba a operar en las condiciones de Chile este nuevo recurso armado, no quedaba claro ni para la propia dirección del PCCh ni para los oficiales recién titulados. Los contactos de estos últimos con la dirección durante su formación eran más bien escasos. Una vez graduados, su “futuro profesional” dependía de las condiciones del país anfitrión. Mientras que la RDA y Bulgaria consideraron su misión terminada al momento de graduar a los cadetes, Cuba, nuevamente en una experiencia inédita de trato con una comunidad exiliada, les ofrecía la incorporación a sus Fuerzas Armadas (FAR) (Carrera, 2011). Por su parte, la dirección del PCCh no tenía nada que ofrecerles. A los primeros egresados en la RDA se les invitó volver a casa, a los egresados en 1981 en Bulgaria junto con esta opción, se les ofreció el traslado a Cuba e incorporación a las FAR. De unos 50 egresados chilenos de la escuela militar búlgara, 13 siguieron su carrera militar en Cuba, todos ellos provenientes inicialmente de las comunidades exiliadas en los países socialistas (A. O., 2012) – aquellas que creaban menores condiciones para el arraigo local –.

La solución profesional y de sentido vocacional para estos exiliados formados militarmente la encuentra Cuba, con consecuencias

profundas y de largo plazo para las políticas chilenas y la transformación cultural del partido político chileno que lo protagoniza. A mediados de 1979, en la última etapa de la guerra de los sandinistas contra el régimen de Somoza en Nicaragua, frente a la solicitud de apoyo con armas de mayor complejidad y asesoría militar, Fidel Castro ofrece esta misión a los oficiales chilenos de las FAR cubanas. La proposición es acogida con entusiasmo por los aludidos y aceptada por el PCCh.

La operación, parte de la estrategia internacional cubana, es protagonizada por el grupo humano que combina la formación y cultura militar de ese país con la cultura política comunista chilena. Las memorias de los protagonistas resaltan la celebración de la decisión de la misión con el canto espontáneo de “La Internacional”, la imagen previa de un campamento guerrillero – que no se comprueba al llegar a Nicaragua – asociada a las imágenes literarias y cinematográficas de los partisanos soviéticos de la Segunda Guerra Mundial y se perciben en asociación con los personajes de aquella historia (Carrera, 2011). Las fotos del contingente presentan a un grupo de muchachos serios, con uniforme verde olivo sentados alrededor de una mesa bajo el retrato de Lenin, en actitud propia de reuniones partidistas PC (Bonney et al, 2009). La hija de uno de los participantes más emblemáticos de esta misión, nacida en Nicaragua al año siguiente, se llama Iskra (Friedman, 2008). Aquellos que tienen sus familias exiliadas en los países socialistas mantienen contactos con sus padres, para los cuales son un gran orgullo.

No obstante, al mismo tiempo, dentro del grupo se construyen redes paralelas de afinidad política y humana correspondientes a las jerarquías y lealtades militares, distintas de las estructuras partidistas. Su ideario sigue siendo profundamente comunista, la pertenencia a la comunidad del exilio chileno comunista, indiscutible, pero se le agregan elementos de la cultura cubana: los “viejos combatientes”, la importancia del “comandante el jefe”, del “numero uno”, junto con cierta mirada condescendiente, aunque respetuosa y cariñosa respecto de la “vieja” dirección del partido: inexperta en temas militares y oscilante respecto del grado y formas de la incorporación de los elementos armados a la lucha de su partido en Chile.

El grueso de este contingente retorna a Chile a principios de los ochenta formando el núcleo del FPMR, con su autopercepción de militares profesionales y vencedores en Nicaragua, para protagonizar, durante el 1986, el período cúlmine de la estrategia de la Rebelión

Popular del PCCh⁸. Muchos guardan ciertas reservas frente a lo que perciben como el insuficiente involucramiento del PCCh con lo que consideran el único camino posible del derrocamiento de la dictadura. Al percibir, a partir de 1987, la pérdida de interés de su partido por lo que para ellos ha sido la obra de toda su vida, basada además en la formación profesional que determina cierta visión del mundo, rechazan la intención del PCCh de volver a priorizar la acción del tipo político, a la vez que poner “el brazo armado” bajo un mayor control político, y optan por priorizar las lealtades militares forjadas durante su exilio armado en Cuba y Nicaragua. La división del FPMR implicó la separación del PCCh de este núcleo histórico con experiencias compartidas fuera de Chile y del intento de ese partido de recrear la estructura con otros “cuadros militares” a la cabeza, igualmente formados fuera de Chile, pero sin la experiencia fundacional de 1979 en Nicaragua. En esta nueva estructura, un papel más importante juegan los oficiales “búlgaros” a los que se considera más leales al partido y menos “contaminados” por el “caudillismo cubano”.

En cuanto a los aliados externos, tras la división del FPMR, Cuba opta por apoyar a la fracción armada disidente a la vez que mantiene relaciones políticas con el PCCh, mientras que los países socialistas europeos mantienen la única relación orgánica con el partido chileno. Durante los ochenta, Cuba es el único país que sigue formando oficiales chilenos: jóvenes exiliados y militantes enviados especialmente desde el país. Bulgaria ofrece cursos de su Academia de Guerra a algunos de sus ex discípulos. La RDA proporciona, a solicitud de la directiva

⁸ La visión del proceso chileno por parte de líderes del socialismo real jugó un papel importante en la elaboración de esta estrategia. En marzo de 1985, Rodrigo Rojas transmitía a la dirección del PSUA la opinión de Fidel Castro: “Chile es único país latinoamericano donde, en el futuro próximo, existe la posibilidad de un desarrollo revolucionario (...) el partido debería estar preparado para una crisis revolucionaria. Después de la caída de Pinochet debería tomar el control del país un gobierno análogo al de la Unidad Popular. En este gobierno, el PC debería, a diferencia de lo que pasó con el gobierno de la UP, poseer la influencia decisiva. Como primer paso, se deberían asegurar las posiciones claves militares (...) La historia ha demostrado que fuerzas armadas regulares pueden ser derrotadas bajo ciertas condiciones por unidades paramilitares de un pueblo (...) El PCCh posee, por primera vez, en la figura del Frente Patriótico Manuel Rodríguez, un brazo armado que hay que seguir fortaleciendo. Esto constituye un logro muy importante. De mucha importancia sería también el enraizamiento aun mas profundo del FPMR con las masas populares, para que pueda constituirse como el brazo armado del pueblo. Entre el PC cubano y el PCCh se han acordado medidas para el fortalecimiento político y militar del FPMR. Camarada Castro ha sugerido, en este sentido, la importancia de la importación de equipos y material bélico. Una importancia decisiva tendría aquí la disposición de la Unión Soviética.” (AFA, 1985).

del PCCh en el exilio, campamentos de verano con formación militar mínima a los exilados chilenos en las instalaciones de su organización juvenil deportivo-militar.

Si bien el porcentaje de los jóvenes militantes exiliados que reciben una formación militar profesional, e incluso de los que asisten a los campamentos en la RDA, es mínima dentro del universo del exilio comunista chileno, en su imaginario llegan a jugar un papel de gran importancia, contribuyendo a crear la autoimagen de un partido en resistencia, un partido armado. Es una imagen que sirve de contrapeso romántico al exilio cada vez más duradero, pero a la vez a los mitos fundacionales “antifascistas” de los países anfitriones.

Mientras tanto, la mayoría numérica del exilio comunista chileno, asentada en los Estados de Bienestar occidentales, echa raíces, construye redes migratorias con parientes y vecinos desde Chile. Su existencia diaria es, cada vez más, la de ciudadanos comunes de las sociedades receptoras. No obstante, el porcentaje de la militancia se mantiene bastante alto, con adhesión a las estrategias partidistas más radicalizadas. Sin abarcar la totalidad de la comunidad de chilenos en los países receptores, las comunidades militantes se convierten en su núcleo, incorporan a los compatriotas no militantes, definen la naturaleza de “ser chileno en el exterior”. El discurso radicalizado sirve de contrapeso a la aceptación implícita gustosa en la vida diaria de los beneficios de los Estados de Bienestar “capitalistas”.

Frente al “eurocomunismo” y cuestionamiento de los “socialismos reales”

Mientras en las otras culturas políticas de la izquierda chilena, el exilio, junto con promover el debilitamiento de los lazos militantes y las tendencias centrífugas, provoca acercamiento a debates internos de la izquierda europea, revaloración del socialismo democrático y cuestionamiento de su propio radicalismo de los años anteriores, el PC chileno vive el camino inverso. De la fuerza más gradualista, abierta al diálogo más amplio, “eurocomunista” – en muchos aspectos prácticos durante la Unidad Popular – involuciona hacia las posturas más escolásticas y doctrinarias del “comunismo de manual” soviético y germano-oriental.

Creemos que ambos casos, tanto el cuestionamiento de la experiencia previa, como la interacción con la contraparte internacional que recibe al exilio chileno influyeron en los caminos de evolución. Tienen su peso,

también, los factores particulares de las culturas políticas partidistas e incluso la composición social de la militancia. En el caso del PC chileno, su vinculación con el PCUS y los PC de países socialistas constituían un componente demasiado importante de su ser. En esta jerarquía de lealtades, el PCUS estaba por encima del PCI. La importancia que se atribuía a la unidad de las filas partidarias, la estrecha comunión de los militantes, el temor al ostracismo de esta comunidad, mayor que al ostracismo del país, hacían callar las voces internas de las dudas. A su vez, el componente obrero popular del exilio chileno reforzaba la necesidad de esta cohesión con sus pares y minimizaba las posibilidades de inserción de este tipo de cuadros en los debates políticos intelectuales de la izquierda europea. Los pocos casos de la disidencia del comunismo chileno que cuestiona los modelos del socialismo real y se integra a los debates de la izquierda europea, corresponden a figuras intelectuales que, además, por el carácter de su actividad, participaban en las redes políticas internacionales más allá del socialismo real.

El retorno y la crisis

El fin del exilio comunista fue más tardío que el de los de otras culturas políticas chilenas. Las estrategias políticas del PCCh se diferencian respecto de sus ex aliados por asumir, el PCCh en los ochenta, el camino que incluía la violencia armada para el derrocamiento de la dictadura “desde abajo”, mientras las otras fuerzas de la izquierda chilena, identificadas cada día más con el socialismo democrático europeo, junto con la DC, propiciaban un proyecto de transición política pactada. Los espacios de la apertura política que se logran a lo largo de los ochenta, permiten el retorno paulatino de importantes figuras de la “izquierda renovada”, mientras que no sólo son muy escasos los comunistas exiliados de la primera ola que pueden volver, sino que nuevas oleadas de militantes comunistas, principalmente quienes tienen algún grado de relación con acciones de la “rebelión popular”, tienen que salir del país prácticamente hasta el final de período dictatorial.

Los representantes más reconocidos del PCCh en la institucionalidad política previa a 1973, los académicos, intelectuales, artistas, comunicadores, junto con integrantes menos conocidos de la dirección exterior del PCCh, regresan a Chile entre 1988 y 1990. No obstante, su retorno a la vida política nacional está dificultado por varios factores. Al fracaso en el “decisivo” año 1986 de la estrategia confrontacional del derrocamiento de la dictadura, se suma, la crisis terminal de su referente

paradigmático internacional: la URSS y el “socialismo real”, provocando ambos un vacío de sentido y sensación de derrota teleológica.

La diferenciación de las estrategias opositoras en los ochenta minimizó los puentes y contactos políticos del PCCh con el resto de la oposición. Percibido por aquella como un rival ideológico a la vez que como un aliado político antidictatorial debilitado, se vuelve prescindible en el momento de la negociación de las cuotas del poder en el Chile post-dictatorial y es marginado de ese proceso.

En la crisis interna que vive el PCCh frente a estos fenómenos, los dirigentes provenientes del exilio quedan fuera de la dirección y de la capacidad de influencia. Sería incorrecto, no obstante, interpretar este proceso como un enfrentamiento entre los “duros” y “militaristas” de la dirección interior y los “políticos tradicionales” del exilio. Diferencias de apreciación de la política nacional y mundial atraviesan tanto la militancia del PCCh que se mantuvo en el país, como la que vuelve. Entre los últimos, algunos – especialmente quienes vivieron su exilio en Italia y otros países europeos – se expresan con mayor autocritica respecto de la violencia armada y de la adhesión al socialismo real (Guastavino, 1990). No obstante, un sector importante de integrantes de la dirección exterior reclama para sí la paternidad de la “rebelión popular” y se sienten especialmente decepcionados por no ser reconocidos por aquellos que aplicaron lo que ellos consideran su creación intelectual y política.

Más que diferencias entre las fracciones ideológicas definidas, creemos que los conflictos en el PCCh entre los dirigentes retornados y quienes condujeron el partido en el país, se debían a las definiciones de poder, a las aspiraciones del grupo interno de conservar las posiciones de liderazgo adquiridas en duras condiciones de la clandestinidad.

Mientras que en el resto de los partidos que habían compartido con el PC la alianza de gobierno 17 años antes, las directivas que emergían con el retorno a la democracia estaban formadas principalmente por personas que habían pasado por la experiencia de alianzas de gobierno durante la UP y de exilio, incluyendo procesos compartidos de recepción de ideas de la izquierda europea, de resignificación del proyecto de la sociedad que se aspiraba lograr, así como de construcción y negociación de nuevas alianzas, la dirección del PCCh era la que salía de la clandestinidad. Los antiguos dirigentes, ex parlamentarios, sindicalistas o ministros, portadores de la tradición institucionalista y frentepopulista del PCCh, que le habían agregado, en los años de exilio, la experiencia

diplomática autodidacta frente a gobiernos, organismos internacionales y partidos, quedaban fuera.

La estrategia de la transición pactada en las postrimerías de la Guerra Fría, incluía la exclusión del PCCh del sistema político, so pretexto su opción, en los años previos, por el derrocamiento violento de la dictadura. Las capacidades políticas del PC de revertir esta exclusión se debilitan.

La combinación del derrumbe del modelo paradigmático internacional del comunismo con la imposición de una especie de “revolución pasiva” en la transición chilena, profundiza la crisis interna en el PCCh, que pierde, en los primeros años de la democracia, gran parte de su militancia de los años de la clandestinidad y exilio. Frente a ello, la historia de éste último queda sin escribirse. Este artículo pretende aportar a suplir este vacío dentro del contexto general de la historia política chilena reciente.

Referências

ÁLVAREZ, Rolando. *Desde las sombras: Una historia de la clandestinidad comunista*. Santiago de Chile: LOM, 2003. 268 p.

A.O. Vida de un “oficial búlgaro” del PCCh. Santiago de Chile, 2012. Entrevista concedida a O. Ulianova.

ARCHIVO COORDINADOR EXTERIOR DEL PCCh (ACE PCCH). Carta de Alejandro Yáñez a la dirección del PC cubano ofreciendo las capacidades de profesionales comunistas chilenos y solicitando recibirlos en la isla. Moscú, noviembre de 1973.

ACE PCCh. Conversaciones y entrevistas con otros partidos. Moscú, julio, 1974a.

ACE PCCh. Reunión de Volodia con Todor Zhivkov. 28 de febrero, 1974b.

ACE PCCh. Transcripción de la conversación en el CC del PCUS. 10 de octubre, 1974c.

ACE PCCh. Versión resumida de las principales apreciaciones formuladas por el compañero Erich Honecker. 10 de octubre, 1974d.

ACE PCCh. Mensaje del Interior al Exterior. Diciembre, 1977.

ACE PCCh. Mensaje Interior-Exterior. 22 de octubre, 1978.

ARCHIVO FEDERAL DE ALEMANIA (AFA) DY30. Reunión de Gunter Sieber, director de la Sección de RRII del CC del PSUA con los integrantes de la comisión militar del PCCh, encabezados por Jorge Montes. 16 de marzo, 1982.

AFA DY30, 13707. Reunión de Rodrigo Rojas con dirección de PSUA. 19 de marzo, 1985.

ARRIAGADA, Genaro. *Por la razón o la fuerza: Chile bajo Pinochet*. Santiago de Chile: Sudamericana, 1998. 300 p.

BONNEFOY, Pascale; PÉREZ, Claudio; SPOTORNO, Ángel. *Internacionalistas: chilenos en la revolución popular sandinista*. Santiago de Chile: Latinoamericana, 2009. 185 p.

- CARRASCO, Eduardo. *Quilapayún, la revolución y las estrellas*. Santiago de Chile: RIL, 2003. 326 p.
- CARRERA, José Miguel. *Misión Internacionalista: de una población chilena a la revolución sandinista*. Santiago de Chile: Latinoamericana, 2010. 136 p.
- CORVALÁN, Luis. *De lo vivido y lo peleado*. Santiago de Chile: LOM, 1997. 415 p.
- ESCOBAR, Iván; CISTERNAS, Freddy. *Chilenos en Mozambique*. Entrevista concedida a Olga Ulianova, Rancagua, Lican Ray, 2003.
- FORCH, Juan. *Las dos orillas del Elba*. Santiago de Chile: Alfaguara, 2012. 248 p.
- FRIEDMAN, Judith “Tita”. *Mi hijo Raúl Pellegrin*. Santiago de Chile: LOM, 2008. 167 p.
- GUASTAVINO, Luis. *Caen las catedrales*. Santiago de Chile: Hachette, 1990. 215 p.
- LOVEMAN, Brian; LIRA, Elisabeth. *Las ardientes cenizas del olvido: Vía chilena de reconciliación política, 1932-1994*. Santiago: DIBAM-LOM, 2000. 601 p.
- OTTONE, Ernesto; MUÑOZ, Sergio. *Después de la quimera*. Madrid: Debate, 2008. 190 p.
- OVALLE, Sergio. En los inicios de la política militar del PCCh. Santiago de Chile, 2012. Entrevista concedida a O. Ulianova.
- POLITZER, Patricia. *Altamirano*. Buenos Aires: Ediciones Melquíades, 1989. 196 p.
- RIQUELME, Alfredo. *El rojo atardecer: El comunismo chileno entre dictadura y democracia*. Santiago de Chile: DIBAM, 2009. 341 p.
- ROJAS NÚÑEZ, Luis. *De la rebelión popular a la sublevación imaginada: Antecedentes de la Historia Política y Militar del partido Comunista de Chile y FPMR 1973-1990*. Santiago de Chile: LOM, 2011. 480 p.
- SZNAJDER, Mario; RONIGER, Luis. *The politics of exile in Latin America*. Cambridge: Cambridge University Press, 2009. 384 p.
- TEITELBOIM, Volodia. *Noches de radio (Escucha Chile): Una voz desde lejos*. Tomo 1. Santiago de Chile: LOM, 2001. 296 p.
- ULIANOVA, Olga; NORAMBUENA, Carmen. *Rusos en Chile*. Santiago de Chile: USACH- Ministerio de RREE de Rusia, 2010. 448 p.
- YANKELEVICH, Pablo. *México, país de refugio: la experiencia de los exilios del siglo XX*. México D.F.: Plaza y Valdés, 2002. 338 p.

Submetido em 01/10/2012.

Aprovado em 15/03/2013.